

Encuentro Filosófico Internacional "": Medellín y Puebla desde al Filosofía, en la
Perspectiva de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano,
Salón de Honor, julio 11 de 1990.

Me es grato en nombre de la Universidad, darles la más fraternal bienvenida a la inauguración de este encuentro internacional. Y para no hacer de esta bienvenida una simple ocasión de palabras de buena crianza, quisiera esbozar algo de lo que de los filósofos cristianos esperamos los fieles que, ajenos al estudio de la filosofía, no podemos ser ajenos a su influjo.

La tarea de este Congreso, de estudiar Medellín y Puebla desde la Filosofía, parece especialmente oportuna en vísperas de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

La recta comprensión del magisterio suele ser muy difícil en nuestro tiempo, por razón de la variedad de escuelas filosóficas, y principalmente por el entreveramiento de estas con las interpretaciones científicas de la realidad.

Las ciencias naturales y exactas están sufriendo profundas transformaciones que no sólo afectan a sus proposiciones, sino a la misma raíz de sus enunciados. Las condiciones de validez de sus teorías están siendo sometidas a cuestionamientos fundamentales que afectan hasta al concepto que se tenga de la relación del hombre con la realidad. Los roles de las ciencias humanas y de las ciencias sociales se han visto asimismo profundamente alterados, y abundan las tendencias a transformarlas en fundamentos suficientes para el conjunto del saber, sin referencia alguna a la metafísica. La primacía de la praxis sobre el logos y el desligamiento de los valores respecto de la comprensión racional de la realidad, han puesto en cuestión las bases intelectuales de la acción social y política y han disgregado la ética en una forma que es a veces desorientadora.

Una buena parte de las circunstancias esbozadas son expresiones, seguramente desviadas, de una intensificación que no tiene precedentes del esfuerzo del ser humano por comprender el cosmos y por comprenderse a sí mismo, lo que es particularmente evidente en este fin de siglo. No podemos perder de vista que nos hallamos inmersos en la corriente de un torbellino en el pensamiento humano que es más impetuoso que el del propio Renacimiento, y ciertamente más anárquico que él por lo mismo que reconoce entre sus antecedentes la conciencia de un hundimiento, el de una imagen del mundo a la que la Ilustración quiso darle el carácter de definitiva. La restauración de un orden, o tal vez mejor, de un sentido en el saber humano, aparece como una necesidad urgente, una tarea que demanda los mejores esfuerzos de aquellos pensadores que sientan vivamente la responsabilidad de su tarea.

Esa variedad en los modos de pensar se manifiesta desde luego en el carácter equívoco de muchos términos que tienen importancia en antropología, en filosofía, en teología, términos que se ven constantemente arrancados a sus contextos originales, contextos en los cuales suelen ser inaceptables para el pensamiento cristiano, y son trasladados a un entorno intelectual más neutro donde su carga originaria se aligera o desvanece en apariencia, aunque siga presente en grado suficiente como para oscurecer el sentido del discurso. Esa es tal vez una causa de por qué los más simples y directos de los textos, se exponen a interminables relecturas.

Pero cualquier texto teológico está inevitablemente mediado por una filosofía explícita o implícita, por lo que la cuestión es mucho más que un simple problema de lenguaje, desde el momento en que una parte importante de las formas filosóficas usuales no han sido clara y profundamente examinadas para determinar en qué grado o forma ellas son compatibles con las exigencias de la revelación cristiana. Las palabras expresan los conceptos, que son más consistentes y más reales que las cosas. Es el mismo ser de lo real el que se despliega en su aspecto inteligible en la verdad, y la equivocidad en las expresiones manifiesta en último término distorsión de ésta. Jacques Maritain, en un pasaje muy agudo sostiene que hay "un vicio profundo que corroe a los filósofos de hoy - el viejo error de los nominales..... no reconocen el valor de lo abstracto, de esta inmaterialidad más dura que las cosas....¿Y por qué este incurable nominalismo ? Porque si bien han conservado el gusto por lo real, han perdido el sentido del ser..." Por eso, para los simples fieles, resulta tan importante que se esclarezca el trasfondo filosófico, el acceso al ser, de toda declaración doctrinal o pastoral que esté destinada a alcanzar alguna trascendencia.

Y no puede pretenderse que el pensar filosófico no pese sobre la teología. La filosofía tiene por naturaleza una tendencia a la totalidad del saber. Aunque quiera quedarse en puro método, ella no puede renunciar a indagar o a abarcar toda la realidad. Es por eso que es mucho más difícil de lo que a primera vista parece, el formular una filosofía que verdaderamente carezca de supuestos teológicos. Y porque la filosofía es una totalidad, es también mucho más difícil desprender de ella conceptos o términos que no guarden el carácter de partes integrantes de un conjunto orgánico. Por su naturaleza misma, los supuestos filosóficos deberán inevitablemente teñir todo el ámbito del saber que se desee iluminar con ellos, y carecerán siempre de esa condición neutra que caracteriza a las proposiciones y a los términos de las ciencias positivas. Por eso, es verdad al mismo tiempo, que no se puede pensar sino desde una filosofía, y que ella marcará por necesidad todo el curso del pensar, cualquiera que sea la materia que se escoja.

Un testimonio venerable de ese rol de la filosofía en la formación de la conciencia cristiana, es el que quedó en la narración de su experiencia personal hecha por San Agustín en las Confesiones. Allí compara su descubrimiento del Hortensius de Cicerón - el libro pagano que "...mutavit affectum meum et ad te ipsum, domine, mutavit preces meas et vota ac desideria mea fecit alia .." (...transformó mi sensibilidad, volvió hacia ti mis oraciones; cambió por completo mis promesas y deseos...", con el encuentro de su juventud con la gnosis, y sus envolventes errores en medio de los cuales sus adeptos decían: "...verdad, verdad, y me hablaban de ella sin cesar, aunque no estuviera en ellos...", y a cuyo recuerdo agrega "...O veritas, veritas, quam intime etiam tum medullae animi mei suspirabant tibi..." y "...sed te ipsam veritas in qua non est conmutatio nec momenti obumbratio esuriebam et sitiebam...". (Oh, verdad, verdad, cuando desde adentro suspiraba por ti lo más recóndito de mi ánimo...por ti verdad en la que no hay cambio ni oscurecimiento sentía hambre y sed...) Confessionum Lib. III). La filosofía puede conducir a Dios o alejar de El.

Hoy día, como muchas otras veces en la historia, la disputa filosófica se entremezcla con realidades de todo orden, con las acciones de la política, con los ciegos anhelos de poder, tanto como con las más puras intenciones y los deseos de perfección y seguimiento del Señor. El juicio definitivo le pertenece por supuesto a El, que nos pone en guardia incluso contra la tentación de arrancar sin contemplaciones la cizaña. Por eso mismo, me parece que también la búsqueda de la claridad filosófica debe estar guiada por la prudencia y presidida por la caridad, marcada por el deseo de edificar y no de destruir, de comprender y no de descalificar. Porque esa búsqueda es un servicio al pueblo de Dios, un servicio que agradecemos, y que agradeceremos tanto más cuanto más refleje en su humildad, en su paciencia, en su apertura, al mismo Dios a Quien quiere servir en su lúcida indagación de la verdad.